

# El largo camino hacia el franquismo: Antonio Gallego Burín (1915-1939)

**Claudio Hernández Burgos**

Universidad de Granada

chb@ugr.es

Recibido: 12 Mayo 2011 • Revisado: 07 Noviembre 2011 • Aceptado: 11 Noviembre 2011 • Publicación Online: 15 Diciembre 2011



## RESUMEN

En este artículo pretendemos analizar la larga trayectoria ideológica de Antonio Gallego Burín durante el convulso periodo de entreguerras. De este modo, veremos la importancia que la familia, la posición social, el entorno y su formación intelectual tuvieron en la evolución de su pensamiento. La actitud de Antonio Gallego, como la de otros muchos españoles del periodo, no fue estática ni siempre predecible sino que, por el contrario, resultó enormemente variada y cambiante como consecuencia de las experiencias vividas y las diferentes maneras de percibir la realidad en cada momento. Por ello, no resulta extraño que sus contactos con el mundo intelectual liberal compartieran protagonismo con su admiración por el maurismo o por el regionalismo catalán. El miedo al avance del sindicalismo, su profundo catolicismo, la confianza en la Monarquía o sus fracasos en la política local fueron elementos decisivos en la configuración de su trayectoria política hasta la llegada del franquismo. Cuando durante el verano de 1936 estalló la guerra en España, Antonio Gallego se puso decididamente del lado de los sublevados, colaboró desde distintos puestos en la retaguardia y logró lo que las urnas le habían negado: un cargo político desde el cual contribuir a la construcción del franquismo.

**Palabras clave:** franquismo, Granada, catolicismo, Guerra Civil, Europa de entreguerras, nacionalismo.

## ABSTRACT

This article aims to analyze their long-standing ideological during the Interwar period. Thus, we see the importance of family, social position, environment and their intellectual background, had in the evolution of his thinking. The attitude of Antonio Gallego, like many other Spaniards in that period, was not static and always predictable, but on the contrary, was extremely varied and changing as a result of the experiences and different ways of perceiving reality in every moment. Therefore, it is not surprising that his contacts with the liberal intellectual world shared space with his admiration for the “maurismo” or Catalan regionalism. Fear of trade



unionism advance, deep Catholicism, the faith in the monarchy or his failures in local politics, would be decisive elements in shaping his political career until the arrival of Franco's regime. When in summer of 1936 the war started in Spain, Antonio Gallego was decidedly on the side of the rebels, collaborated from different positions in the rear and obtained what the polls had been denied: a political position in his hometown from which to work in the construction of the Franco's Regime.

**Keywords:** Franco's regime, Granada, Catholicism, Civil War, Interwar Europe, nationalism.

**S**i tuviéramos que reducir a dos los pilares sobre los que se asentó el régimen franquista, diríamos que estos fueron la patria y la religión. En el seno del franquismo confluyeron y lucharon por imponerse dos proyectos de nación diferenciados. De una parte, el nacionalcatólico, que defendía el catolicismo como algo consustancial a España y se apoyaba en las ideas de Menéndez Pelayo; y, de otra, el ultranacionalismo falangista, que postulaba el regeneracionismo de la nación española y compartía las ideas de los fascismos europeos<sup>1</sup>. Estos proyectos de nación se cimentaban, en buena medida, en planteamientos ya presentes desde el último tercio del siglo XIX, a los que se añadirían nuevos elementos en las primeras décadas de la siguiente centuria. Al proyecto de la derecha tradicional y autoritaria se le sumarían en los años treinta los componentes del incipiente «fascismo español» representado primero por las JONS y luego por Falange Española. Ambos, sin embargo, encontraron numerosos puntos de conexión en aquello que no querían —la democracia, el liberalismo o el comunismo— y en lo que era, en mayor o menor medida, innegociable —el nacionalismo español y la religión católica—.

Parece por tanto necesario, volver la mirada a las primeras décadas del siglo XX para entender por qué una buena parte de los españoles ayudó al triunfo del bando franquista en la Guerra Civil y a la implantación de una larguísima dictadura. Y más aun si tenemos en cuenta que estos decenios estuvieron marcados por un panorama sociopolítico verdaderamente convulso. En este sentido, atender a cómo individuos y grupos sociales enteros percibieron la realidad que les rodeó y forjaron su visión de los acontecimientos vividos resulta esencial para rastrear la trayectoria vital e ideológica de los mismos<sup>2</sup>. Entrar en el terreno de las actitudes sociales y de las percepciones individuales es, evidentemente, una tarea compleja. Pero no por ello debemos dejar de intentar constatar cambios y permanencias en el pensamiento y en las visiones del mundo que presentan los seres humanos. Resulta fundamental analizar qué razones

---

<sup>1</sup> Ismael Saz Campos, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Marcial Pons, Madrid, 2003, págs. 48-49.

<sup>2</sup> Roque Moreno Fonseret y Francisco Sevillano Calero, «Los orígenes sociales del franquismo», *Hispania*, 205 (2000), págs. 703-724; Geoff Eley, *Una línea torcida: de la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, 2008, págs. 267-269.

llevaron a muchos españoles a abjurar de las ideas democráticas y a decantarse por una solución de fuerza el 18 de julio de 1936. Para ello, hemos de preguntarnos por cómo los ciudadanos «vivieron» la nación española y la religión católica durante estos años.<sup>3</sup> Fueron muchos los que pudieron sentirse atacados en lo más íntimo de su ser por «fantasmas» tales como los separatismos, las medidas laicizadoras o los postulados revolucionarios que amenazaban con «poner del revés» su ordenada visión de la realidad.

De muchos de ellos se nutrió el franquismo, logrando concitar en su seno una heterogénea variedad de apoyos sociales<sup>4</sup>. Entre éstos se encontraban, básicamente, aquellos para los que la indisolubilidad de España y su esencialidad católica eran algo absolutamente sagrado. Y a este variable conglomerado perteneció Antonio Gallego Burín. Analizar la vivencia individualizada y la evolución ideológica que éste experimentó a lo largo de una etapa marcada por vertiginosos cambios puede servir para comprender lo que debieron sentir muchos de sus contemporáneos. Gallego Burín se movió por buena parte del arco político de la derecha española y obtuvo una cátedra en la Universidad y un gran prestigio académico. Pero también dejó claras sus ideas sobre la nación española, el catolicismo, los partidos políticos o la realidad doméstica y europea de su tiempo. Atendiendo a sus deseos, a sus proyectos para Granada y para España, a las políticas por él emprendidas y a los miedos y enemigos a los que se enfrentó, podemos acercarnos a la realidad del periodo y entender cómo, al igual que otros muchos españoles, llegó a convertirse en un franquista más, contribuyendo a la consolidación de la dictadura.

## 1. EN BUSCA DE UN MODELO A SEGUIR: ANTONIO GALLEGO ENTRE MAURA Y CAMBÓ (1915-1931)

En 1915, con tan solo veinte años, Antonio Gallego Burín se afilió a las juventudes mauristas granadinas. Su decisión de entrar en política respondía a variadas razones que van desde su formación intelectual a la situación nacional, pasando por el turbulento contexto europeo. Nacido en 1894 en el seno de una familia burguesa de Granada, desarrolló desde su infancia una viva actitud intelectual, mostrando una especial simpatía por la obra del también granadino Ganivet<sup>5</sup>. La lectura de ésta y la

<sup>3</sup> Vid. Xosé M. Núñez Seixas, «La nación contra sí misma. Nacionalismos españoles durante la Guerra Civil, (1936-1939)», en Carlos Taibo (dir.), *Nacionalismo español. Esencias, memorias e instituciones*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007, págs. 75-111.

<sup>4</sup> Carme Molinero y Pere Ysàs, *El règim franquista: feixisme, modernització i consens*, Vic, 1992; Francisco Cobo Romero y Teresa Ortega López, «No solo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen y la composición de los poderes locales, Andalucía, 1936-1948», *Historia Social*, 51 (2005), págs. 49-71.

<sup>5</sup> Antonio Gallego Morell, *Antonio Gallego Burín*, Madrid, 1973, págs. 13-18; y Cristina Viñes Millet, *Antonio Gallego Burín*, Granada, 2003, págs. 15-18.

inestable situación política y social de España en la segunda década del siglo xx le llevaron a abrazar las teorías del regeneracionismo, que plasmó mediante su colaboración en la publicación universitaria *Granada Escolar*<sup>6</sup>.

El 30 de junio de 1914 se licenciaba en Letras por la Universidad de Granada. Un mes más tarde comenzó la Primera Guerra Mundial. El impacto de la contienda y sus consecuencias fueron enormes para las sociedades europeas del periodo. Desde principios del siglo xx, Europa experimentaba un profundo proceso de industrialización y urbanización, considerables transformaciones en la agricultura, una secularización de la sociedad y una honda modernización cultural<sup>7</sup>. Pero la Gran Guerra actuó como catalizador de los cambios y aceleró o hizo irreversibles algunos procesos en marcha. Por una parte, la guerra avivó el sentimiento de identidad nacional que se había forjado entre las clases populares desde finales del siglo xix. La «fiebre nacionalista», creada al calor del verano de 1914, llevó a muchos hombres a las trincheras en donde, al mismo tiempo que descubrieron los horrores de la guerra, fraguaron un conglomerado de sentimientos de hermandad y camaradería que fomentaron la cohesión nacional en torno a la sangre derramada<sup>8</sup>. La «comunidad del frente» se encontró a la vuelta de los campos de batalla con una sociedad que le era extraña. La sacralización de la contienda, la ausencia de respuestas al «problema de la modernidad» y la incapacidad de los regímenes parlamentarios para gestionar tanto la derrota como la victoria generaron una desconfianza en los sistemas democráticos europeos y un crecimiento de la conflictividad<sup>9</sup>. Paralelamente, el extraordinario desarrollo de la política de masas durante la Gran Guerra liberó de su apatía a numerosos sectores sociales que hasta ese momento habían permanecido pasivos. Esta agitación social se vio más acrecentada si cabe por el triunfo de la Revolución Rusa en 1917, generando esperanzas entre las clases obreras y provocando auténtico pánico entre aquellos grupos sociales que querían conservar intacto el orden político y económico existente. La suma de estos fenómenos fue el caldo de cultivo idóneo para el éxito de movimientos antidemocráticos de masas como el comunismo y el fascismo, y para que los sectores más conservadores demandaran soluciones autoritarias que les permitiesen mantener el status alcanzado<sup>10</sup>.

---

<sup>6</sup> Cristina Viñes Millet, *La Granada de Antonio Gallego Burín. Antología*, Granada, 2005, pág. 20.

<sup>7</sup> Martin Blikhorn, «Introduction. Allies, rivals or antagonists? Fascists and conservatives in Modern Europe», en *id.*, *Fascists and conservatives. The radical right and the establishment in twentieth-century Europe*, Londres, 1990, págs. 3-4.

<sup>8</sup> Enzo Traverso, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires, 2009, págs. 50 y 163 y ss.; George L. Mosse, *Fallen soldiers: reshaping the memory of the World Wars*, Nueva York, 1990, págs. 23-25.

<sup>9</sup> Eric J. Leed, *No Man's land. Combat and identity in World War I*, Nueva York, 1979, págs. 193-213.

<sup>10</sup> Mark Mazower, *La Europa Negra: desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Madrid, 2001, págs. 24-26.

A pesar de que España no intervino en la Primera Guerra Mundial, su impacto político, económico y cultural fue también aquí considerable. La contienda posibilitó el despegue industrial y una rápida acumulación de capital en ciertas regiones españolas, creó un ambiente de cierta efervescencia política en torno a la toma de partido por uno u otro bando y asestó la puntilla definitiva al sistema político de la Restauración<sup>11</sup>. La percepción de que el *turnismo* estaba agotado venía de antes y, en buena medida, los postulados de «revolución desde arriba», «descuaje del caciquismo» o «fomentar la ciudadanía» defendidos por Antonio Maura, apuntaban en esta dirección<sup>12</sup>. Octubre de 1913 veía nacer, tras el discurso de Ossorio y Gallardo en Zaragoza pidiendo la cohesión en torno al político mallorquín, el maurismo callejero<sup>13</sup>. Se trataba del movimiento más característico de la derecha radical en este momento y de la primera ocasión en que un partido de la derecha dinástica se propuso movilizar a su base social. Bajo su órbita se agruparon jóvenes de la clase media y alta, católicos, muchos de ellos universitarios, que, aun defendiendo a ultranza la Monarquía española, solicitaban la reforma del sistema imperante y la entrada de savia nueva en la esfera política<sup>14</sup>.

Los vientos de cambio que parecía traer la política de Maura y los valores representados por el maurismo, unidos a los acontecimientos internacionales y la amistad con Melchor Fernández Almagro —impulsor del juventud maurista en la capital granadina—, fueron determinantes para que Antonio Gallego fuese uno de esos jóvenes universitarios de la clase media urbana que engrosasen las filas del maurismo. El regeneracionismo defendido por Maura, el ataque frontal al caciquismo y al sistema de turnos, el deseo de acabar con el aletargamiento político del pueblo y «despertar las conciencias ciudadanas» o la centralidad del municipio como foco fundamental para el comienzo de esa labor regeneradora fueron postulados completamente compartidos por él<sup>15</sup>. El poder movilizador del maurismo pudo parecerle la forma de acabar con «un peculiar matiz de los españoles: la quietud», puesto que, a su juicio, en España «contra cualquier novedad que surge, de la especie que sea, se levantan las iras y se desencadenan los odios» debido a la permanencia de «la vieja política que

<sup>11</sup> Francisco Romero Salvadó, *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*, Londres, 2007, pág. 27-38.

<sup>12</sup> José L. Rodríguez Jiménez, *La extrema derecha española en el siglo xx*, Madrid, 1995, págs. 52-54; y Francisco Romero Salvadó, «Antonio Maura: 'El gran incomprendido'», en Alejandro Quiroga y Miguel Á. del Arco (eds.), *Soldados de Dios y apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*, Granada, 2010, págs. 1-28.

<sup>13</sup> El discurso en *El Imparcial*, 29-10-1913.

<sup>14</sup> Pedro C. González Cuevas, *Historia de las derechas españolas*, Madrid, 2000, págs. 232-244.

<sup>15</sup> Algunos de los ideales de Gallego mencionados pueden verse en Cristina Viñes Millet, *Antonio Gallego Burín...*, *op. cit.*, págs. 53-55.

juega su última carta»<sup>16</sup>. Pero el regeneracionismo que ambicionaba Gallego, al igual que el de Maura, se fundamentaba en un miedo a las masas y a la movilización de la clase obrera, por lo que no debería extrañar que buscara en el maurismo un parapeto con el que contener la hipotética reproducción de una revolución comunista en España. En su opinión, los partidos dinásticos no tenían capacidad para detener el enorme poder del «dictatorial y absolutista sindicalismo que ha prendido en España como un incendio»<sup>17</sup>.

Hacia 1917, Antonio Gallego Burín se apartó de un maurismo, dividido y sin caudillo que lo dirigiese, y encaminó sus pasos hacia el regionalismo encarnado por Francesc Cambó. Su decisión no fue impulsiva. Había mostrado su admiración por el líder catalán, al menos desde un discurso de este en el Teatro Tívoli de Barcelona en 1913 en el que había puesto de manifiesto «la honda crisis de descomposición» que estaban atravesando los partidos gubernamentales<sup>18</sup>. Los sucesos de 1917 desencadenaron su decisión de abandonar el movimiento maurista. Con un continente europeo estremecido por la guerra y por el rotundo triunfo de la revolución soviética y con una situación de crisis desmedida en el sistema político interior, Cambó resultaba ser una figura mucho más poderosa a la que aferrarse que la del ensombrecido Antonio Maura. Añadamos el hecho de que la pujante burguesía industrial catalana había experimentado un crecimiento económico sin precedentes durante la guerra que le situaba en una situación privilegiada de poder en la que Cambó era el foco de atención<sup>19</sup>. Además, la heterogeneidad de pensamientos y hombres que había caracterizado al movimiento maurista favoreció el paso de Gallego Burín a las filas del regionalismo. Había encontrado un nuevo líder a seguir<sup>20</sup>.

El primer escrito regionalista de Antonio Gallego aparece en la prensa granadina en febrero de 1918, poco antes de las elecciones legislativas. El texto surge a propósito de una conferencia pronunciada días atrás por el miembro de la *Lliga Regionalista*, Felipe Rodés, como parte de la campaña *Per Catalunya i l'Espanya gran* que, dirigida por Cambó, trataba de generar regionalismo por doquier. Gallego Burín lanzaba un grito desesperado por el hecho de que tuviera «que venir alguien de fuera a decirnos cómo debemos ser». Al igual que Cambó, Gallego acallaba las voces de aquellos que los tildaban de separatistas «echando mano del desacreditado tema de la unidad nacional». El imperio de naciones que anhelaba Cambó para España lo pedía Antonio Gallego al presentar el empeño de fortalecer las regiones como la mejor manera

<sup>16</sup> «Regionalismo y uniformismo nacional», Conferencia pronunciada el 6 de febrero de 1919 en la Asociación de Dependientes de Comercio de Granada, recogida en *Renovación*, 19-2-1919.

<sup>17</sup> *Renovación*, 21-3-1919.

<sup>18</sup> *La Vanguardia*, 7-4-1913.

<sup>19</sup> Francisco Romero Salvadó, *The Foundations of Civil War...*, *op. cit.*, págs. 38-41.

<sup>20</sup> Vid. al respecto Enric Ucelay Da-Cal, «Francesc Cambó. La mala suerte de un ganador», en Alejandro Quiroga y Miguel Á. del Arco (eds.), *Soldados de Dios...*, *op. cit.*, págs. 121-150.

«de laborar por la unidad de la España madre»<sup>21</sup>. Su creciente interés por las ideas regionalistas le llevó a fundar un periódico a finales de 1918. *Renovación* —nombre con ciertas reminiscencias mauristas— abrió su primer número con una explícita declaración de intenciones, al entender la conciencia regional como la única vía para «despertar el cuerpo dormido de Andalucía» y alcanzar su regeneración<sup>22</sup>.

Durante la primera mitad de 1919, sus artículos se sucederán en las páginas de *Renovación*. Aunque los escribía bajo la bandera del regionalismo, en ellos se muestran algunas ideas claves defendidas por él desde su etapa maurista. Acabar con la apatía de los ciudadanos era una premisa necesaria, de ahí que llamara especialmente a las derechas «en cuya abulia e indolencia se apoyan estos fatales sistemas». Un llamamiento coherente con otra de sus grandes preocupaciones: el extraordinario desarrollo alcanzado por el movimiento obrero y su cada vez mejor nivel organizativo. Si tenemos en cuenta que la agitación del llamado trienio bolchevique (1918-1921) tuvo especiales consecuencias en el campo andaluz, podemos entender el auténtico pánico moral que la «gente de orden» como Gallego Burín sintió ante la efervescencia del mundo obrero y la creciente violencia que impregnó sus discursos<sup>23</sup>. Antonio Gallego se alarmaba ante la idea de que la revolución «tomara carne y como un fantasma clavara sus garras en nosotros», decía sentir verdadero pavor «ante la idea de vivir en una sociedad dominada por la atroz y salvaje barbarie de nuestro obrerismo» y le aterraba el solo hecho de pensar en que a los viejos caciques les sucedieran «los judas cínicos, ignorantes y desvergonzados»<sup>24</sup>.

Lo dicho quizá nos ayude a entender mejor sus reservas hacia al pujante andalucismo que, por aquel entonces, encarnaba Blas Infante. La radicalidad del líder andalucista chocaba con la mentalidad de un Gallego que creía que Andalucía necesitaba un «periodo de educación política necesario», pues la concesión de la autonomía a una región no preparada como la andaluza «acarrearía males infinitos»<sup>25</sup>. No dudó en apodarar como «Tolstoi rondeño» al socialista Fernando de los Ríos, cuando este apostaba por una solución diferente al problema agrario andaluz. Y tampoco titubeó, junto con los regionalistas de Andalucía Oriental, en levantarse de la Asamblea

<sup>21</sup> Enric Ucelay Da-Cal, «Francesc Cambó...», art. cit., pág. 126. Las citas de artículos de Gallego Burín en *Noticiero granadino*, 16-2-1938 y 1-12-1918.

<sup>22</sup> Cristina Viñes Millet, *La Granada de Antonio...*, op. cit., págs. 68-69.

<sup>23</sup> El concepto de pánico moral lo tomo de Chris Ealham, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Barcelona, 2005.

<sup>24</sup> La primera cita en *Renovación*, 21-3-1919. Las otras dos pertenecen a sendas cartas enviadas por Antonio Gallego a Melchor Fernández Almagro en marzo y mayo de 1919 y recogidas en Antonio Callego Morell y Cristina Viñes Millet, *Literatura y Política. Epistolario, 1919-1940*, Granada, 1986. (Hasta que se indique lo contrario, las cartas citadas están recogidas en esta obra).

<sup>25</sup> *Noticiero Granadino*, 1-12-1918.



Regionalista de Córdoba celebrada en enero de 1919, al ver que sus pensamientos diferían considerablemente de los sostenidos por los seguidores de Infante<sup>26</sup>.

La explosión de la ciudadanía granadina contra el caciquismo local en febrero de 1919 le hizo pensar que se avecinaban nuevos tiempos. Pero las elecciones generales del mes de junio siguiente confirmaron que la vida municipal iba a permanecer inalterable. Ver cómo la protesta popular contra la «vieja política» había resultado estéril y que la ansiada regeneración local no se producía pudieron ser motivos suficientes para que decidiera presentar su candidatura a las elecciones municipales de febrero de 1920<sup>27</sup>. Enemigo de programas, Antonio Gallego Burín jugaba de nuevo la baza de despertar a la «masa adormecida», «cruzada de brazos», para crear «municipios vigorosos, inexpugnables fortalezas que, al establecer contacto entre sí originen un Estado fuerte», dirigidos por «nuevos hombres, apartando del camino a los perros que, muy cucamente se aderezan los collares nuevos, para dar la sensación de pertenecer a una nueva jauría»<sup>28</sup>. No por presagiada fue menos aplastante la derrota. Gallego Burín solo podía lamentarse: «es algo desconsolador esta vida política española. No cabe moverse. No es posible otra cosa que la sumisión. [...] Hay que apartarse de la política como algo embrutecedor e idiotizante»<sup>29</sup>.

En efecto, la derrota electoral le aparta de la política activa durante una década. La llegada de Primo de Rivera al poder en 1923 pudo suponer un halo de esperanza para alguien como él, que compartía principios como la regeneración nacional, la esencialidad católica de España o la concepción de los municipios como «células primarias» de cuyo vigor dependía la salud de la nación. Pero a pesar de que su tío —Diego Benjumea Burín— juega un papel importante en la dictadura como Ministro de Fomento y de que algunos autores afirman que perteneció a la Unión Patriótica<sup>30</sup>, lo cierto es que sigue manteniendo contacto con los regionalistas catalanes mediante la estrecha amistad que le unía a Joan Esterlich. Es cierto que durante estos años se ocupa de asuntos académicos y culturales, pero en absoluto se desconecta de la realidad política del país. Sus ideas regionalistas le llevan a trabajar por el crecimiento cultural de Granada como vía para el engrandecimiento de la Patria. Así, podemos entender su presencia en el Ateneo granadino, su apoyo a la literatura de la ciudad o el impulso cultural que dio a la Casa de los Tiros, concebida por él como

<sup>26</sup> La calificación a De los Ríos en carta dirigida a Melchor Fernández Almagro en enero de 1919; la Asamblea Regionalista en Córdoba en *Renovación*, 6-4-1919.

<sup>27</sup> Cristina Viñes Millet, *Antonio Gallego...*, *op. cit.*, págs. 72-73.

<sup>28</sup> *Noticiero Granadino*, 1. 4 y 7 de febrero de 1920.

<sup>29</sup> Carta a Melchor Fernández Almagro, 1921.

<sup>30</sup> Mario López Martínez y Rafael Gil Bracero, *Caciques contra socialistas: poder y conflictos en los ayuntamientos de la República, Granada 1931-1936*, Granada, 1997, Apéndice.



modelo de su proyecto ideal de ciudad<sup>31</sup>. A la altura de 1929, cuando la Dictadura agoniza, Gallego Burín seguía fascinado con Cambó y consideraba que Cataluña «es el único pulmón español que respira con el aire de Europa», «un país modelo del que el resto de España tiene mucho que aprender»<sup>32</sup>. El desplome del régimen primorriverista, los continuos contactos con los hombres de la *Lliga*, y la trascendental coyuntura en la que se encontraba España iban a resultar cruciales: Antonio Gallego Burín volvía a la arena política.

## 2. DEL CAOS A LA ESPERANZA: ESPERANDO LA SALVACIÓN DE ESPAÑA (1931-1938)

Las elecciones de abril de 1931 se convirtieron en un auténtico plebiscito entre Monarquía y República. Los regionalistas catalanes, liderados por Cambó, trataron de poner en contacto a los sectores más activos de la derecha, acercándose al maurismo con el fin de crear un grupo fuerte para asegurar la supervivencia de la Corona y la derrota de las izquierdas. Gallego Burín se adhirió a la política de Cambó, liderando en Granada el *Partido Centrista*, una vez se habían trazado las líneas maestras del *Centro Constitucional* en el Hotel Ritz de Madrid. La garantía del orden y la seguridad, la defensa de los valores tradicionales y cristianos y la amenaza del comunismo y la «sovietización» de España fueron los pilares básicos de la propaganda elaborada por las derechas de cara a las elecciones municipales<sup>33</sup>. El 12 de abril, la conjunción republicano-socialista resultaba victoriosa en las elecciones. El día 13, Antonio Gallego viajaba a Madrid donde, de nuevo en el Hotel Ritz, se reunía con Cambó para analizar los resultados e intentar formar un nuevo Gobierno que evitase la caída de la Monarquía. Sus intentos fueron en vano. El 14 de abril se proclamaba la II República.

Como había ocurrido en 1920, la derrota de 1931 provocó que Gallego Burín se refugiase en su labor académica. No obstante, a pesar de que no son muchas las noticias de su actitud política durante la etapa republicana, durante estos años tampoco abandonó el contacto con los hombres fuertes de la *Lliga* como Esterlich, Ventosa y, por supuesto, el propio Cambó. A sus manos llegaron cartas del también estudioso del arte Juan Temboury o del propio Melchor Fernández Almagro, que le expresaban cómo la desconfianza sentida ante la proclamación de la República se había conver-

<sup>31</sup> Un modelo que pudo poner en práctica cuando llegó a la Alcaldía en 1938 y «hacer de la ciudad una enorme Casa de los Tiros», Antonio Gallego Morell, *Antonio Gallego...*, *op. cit.*, pág. 85.

<sup>32</sup> Carta a Melchor Fernández Almagro, agosto de 1929.

<sup>33</sup> Enric Ucelay Da-Cal, «Francesc Cambó...», *art. cit.*, pág. 137; Las imágenes ofrecidas de las izquierdas en Rafael Cruz, «¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes en la Rusia soviética y la acción colectiva en España», en *id.* y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Cultura y movilización en la España Contemporánea*, Madrid, 1997, págs. 273-303.

tido en malestar y aversión al régimen<sup>34</sup>. Las expresiones iconoclastas, la conflictividad obrera y social, las reivindicaciones autonomistas y el «miedo a la revolución» tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 constituyeron elementos esenciales para que un monárquico y católico convencido, como él, deseara la caída de la República. El 18 de julio de 1936 se iniciaba el proceso.

El estallido de la Guerra Civil supuso una fractura en la vida de Antonio Gallego y en la de todos los españoles. El golpe de Estado fue concebido como un levantamiento necesario frente a una situación calificada de insostenible por los sublevados y como un movimiento preventivo ante la creencia en un inminente triunfo de una revolución amenazadora de los valores «tradicionalmente españoles». Ambos bandos confeccionaron discursos movilizadores, urdidos con numerosos elementos de carácter mítico e imágenes deformadas de la contienda y del enemigo, a través de los cuales trataron de definir la guerra y la manera de ganarla<sup>35</sup>. La inevitabilidad del «Alzamiento Nacional», la deshumanización del enemigo, los relatos sobre el «terror rojo» o la concepción de la batalla como una empresa en la que la vida de la Patria estaba en juego dotaron de legitimidad a la contienda y contribuyeron a la movilización bélica de muchos ciudadanos españoles<sup>36</sup>. Pero, por sí solos, estos discursos no resultaron suficientes para la movilización ciudadana, sino que existían factores sociales, políticos, económicos o religiosos que habían contribuido a engendrar ideas de carácter antidemocrático y antizquedista en considerables sectores de la sociedad española. A pesar de que la Guerra Civil pudo marcar un «giro antropológico» entre el periodo precedente y el siguiente, abriendo una fractura en la historia de España, los repertorios de violencia practicados a partir del verano de 1936 no supusieron una ruptura radical con los ensayados durante la Segunda República, en medio de un clima de «brutalización» y radicalización de la política y la sociedad españolas<sup>37</sup>. En consecuencia, la lucha armada resultaba un campo de verificación idóneo para la resolución de ese conjunto de tensiones desarrolladas durante los años anteriores y el

<sup>34</sup> Antonio Gallego Morell, *Antonio Gallego...*, *op. cit.*, pág. 77; Las opiniones de Melchor Fernández Almagro son expuestas en varias cartas: por ejemplo 29-5-1931, 11-5-1932 y 18-1-1935.

<sup>35</sup> Rafael Cruz, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Siglo XXI, Madrid, 2006, págs. 261-264; Xosé M. Núñez Seixas, "‘Nations in arms against the invader’: on nationalism discourse during the Spanish civil war", en Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *The Splintering of Spain: Cultural History and the Spanish Civil War*, Nueva York, 2005, págs. 45-67. Francisco Cobo Romero y Teresa Ortega López, «Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La violencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», *Historia y Política*, 16 (2006), págs. 131-158.

<sup>36</sup> Francisco Sevillano Calero, *Rojos: La representación del enemigo en la Guerra civil*, Madrid, 2007.

<sup>37</sup> Eduardo González Calleja, «Experiencias de combate. Continuidad y cambios en la violencia represiva (1931-1939)», *Ayer*, 78 (2009), págs. 37-64.

reavivamiento de una serie de pulsiones y sentimientos candentes tanto en el frente de combate como en la retaguardia<sup>38</sup>.

Mientras en los campos de batalla tronaban los disparos de los fusiles lejos del frente, la ciudadanía también se movilizaba para ganar la guerra. Azuzados por el miedo, por las «arengas patrióticas» o por la muerte de un familiar en el campo de combate o en la tapia de un cementerio, eran muchos los que ofrecían su sangre y trabajo para la consecución de la victoria. La retaguardia nacionalista iba a asistir al encuadramiento de los ciudadanos en las milicias voluntarias formadas a los pocos días del golpe de Estado con funciones de asistencia, vigilancia o represión<sup>39</sup>. En Granada «era ya muy raro observar a algún ciudadano que no llevara ningún distintivo, insignia o uniforme demostrativo de prestar sus servicios a la causa»<sup>40</sup>.

A mediados del mes de septiembre de 1936, el distintivo verde de «Defensa Armada de Granada» lucía en el brazo de Antonio Gallego Burín. Presuntamente, el golpe de Estado le había «sorprendido» guardando cama en casa, pero había estado al tanto de todo cuanto sucedía en Granada y no había noche que dejara de escuchar las charlas de Queipo de Llano desde Sevilla. Además estaba en contacto permanente con el derechista José Antonio Sangróniz y con el falangista monárquico Alfonso García Valdecasas<sup>41</sup>. La amistad con Julio Ruiz de Alda y con el propio García Valdecasas —cofundadores de Falange Española— pudo ser determinante para su ingreso en Falange en 1937. No sería hasta el verano de ese año cuando apareciera en un acontecimiento político de cierto relieve. Pero, desde el recogimiento de su hogar, su colaboración con los sublevados sería estrecha. En agosto de 1936 aparece, junto a otros conservadores granadinos, entre los suscriptores de una rifa organizada por el Centro Artístico de la ciudad y, a partir de ese momento, su nombre figuraría frecuentemente entre los donantes de dinero u objetos destinados a subvencionar el Ejército franquista<sup>42</sup>.

Las primeras prestaciones al bando franquista las hizo desde la Cátedra de Arte que ocupaba en la Universidad de Granada desde 1926. A principios de octubre de 1936 fue nombrado vocal de la Junta Conservadora del Tesoro Artístico de Granada y, al año siguiente, fue nombrado jefe del Servicio Artístico de Vanguardia, realizando un detallado informe de daños sufridos por el patrimonio artístico granadino

<sup>38</sup> Enzo Traverso, *A sangre y fuego...*, *op. cit.*, pág. 90; José L. Ledesma, «Qué violencia para qué retaguardia o la República en guerra de 1936», *Ayer*, 76 (2009), págs. 89-90.

<sup>39</sup> Rafael Casas de la Vega, *Las milicias nacionales*, Madrid, 1977; Francisco Sevillano Calero, *Exterminio: el terror con Franco*, Madrid, 2004, capítulo 3.

<sup>40</sup> Ángel Gollonet y José Morales, *Rojo y azul en Granada*, Granada, 1937, págs. 167-168. Para un análisis de las milicias voluntarias en Granada *vid.* Claudio Hernández Burgos, «Dinero y brazos. El apoyo de los sublevados granadinos al bando sublevado en el verano de 1936», *II Encuentro de Jóvenes Investigadores de la AHC*, Granada, 2010.

<sup>41</sup> Antonio Gallego Morell, *Antonio Gallego...*, *op. cit.*, pág. 83.

<sup>42</sup> *Ideal*, 2-8-1936, 5-11-1936 y 24-11-1936.

durante la etapa republicana<sup>43</sup>. Este trabajo se vería completado con una nueva obra publicada en 1938 sobre la destrucción del tesoro artístico a nivel nacional, de la que él fue el principal impulsor. Ilustrado con numerosas fotografías de la «furia iconoclasta roja», el informe trataba de explicar a los españoles «lo que ha sido y es la revolución marxista», que «a golpes de hoz y martillo han despojado a España de su patrimonio artístico»<sup>44</sup>. El colofón a sus empeños se produjo el 2 de enero de 1938 con la inauguración de una exposición de los objetos artísticos destruidos por los «rojos». No había mejor fecha —el día conmemorativo de la Toma de Granada por los Reyes Católicos—, ni lugar —a pocos metros de los sepulcros de Isabel y Fernando— para mostrar a los granadinos «aquellos bellísimos rostros, ennegrecidos por el humo, corroídos por las llamas, martirizados por el hierro»<sup>45</sup>.

Aunque su cooperación desde el mundo del arte no cesaría, desde el verano de 1937, Antonio Gallego Burín empezó a tener una notable presencia en la política granadina. Con motivo del primer aniversario del «Alzamiento Nacional» intervino en el acto organizado por las mujeres de Falange en el Palacio de Carlos V. En su discurso convivían algunas constantes en su pensamiento, junto con ideas auténticamente falangistas. Retazos de su pasado maurista parecían emerger cuando llamaba a una «revolución desde arriba hecha con espíritu cristiano». Un llamamiento que unía a la Tradición encarnada por el «inigualable escenario hecho con piedras del Renacimiento y con anhelos de victoria», y por los «símbolos de siempre», el yugo y las flechas que habían utilizado los Reyes Católicos<sup>46</sup>. El carácter misional de España como defensora de la civilización cristiana, la creencia en que la patria había perdido el rumbo de su tradición desde finales del siglo XVIII y el desprecio por «el escenario de luchas políticas» sembrado por los partidos de la República constituyeron los puntos principales de sus dos siguientes intervenciones públicas. Era ésta la contribución de Antonio Gallego Burín a la conformación de un discurso plagado de mitos convenientemente seleccionados en la historia patria.

Es en estos años de guerra cuando vamos a encontrar a un Gallego Burín más «fascistizado». Ciertos postulados defendidos por los falangistas encajaban a la perfección con sus deseos para España. Los anhelos imperialistas del fascismo español o la necesidad de un líder carismático eran elementos para él necesarios. Además, la

<sup>43</sup> Antonio Gallego Burín *et al.*, *Informe sobre las pérdidas y daños sufridos por el tesoro artístico de Granada de 1931 a 1936 e indicación de las obras salvadas de la destrucción marxista*, Granada, 1937.

<sup>44</sup> Antonio Gallego Burín *et al.*, «La destrucción del Tesoro Artístico de España desde 1931 a 1937. Informe de las Comisiones provinciales de Monumentos», *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, (1937).

<sup>45</sup> *Ideal*, 4-1-1938 e *Ideal*, 19-1-1938.

<sup>46</sup> Antonio Gallego Burín, «Discurso pronunciado en el Palacio de Carlos V, ante la Falange femenina de Granada, en la conmemoración del Alzamiento Nacional el día 18 de julio de 1937», *Seis discursos y una conferencia*, Granada, 1938, págs. 9-20.

imagen elitista y aristocratizante a la que José Antonio nunca renunció y su papel de intelectual incomprendido, constituían rasgos admirables para él y elementos con los que sentirse identificado. La presencia en Granada del influyente falangista Alfonso García Valdecasas en septiembre de 1937 fue clave en su nombramiento como Delegado Provincial de Prensa y Propaganda en octubre de 1937<sup>47</sup>. Poco después del mismo, escribía su artículo «más falangista». Con motivo del Día de los Caídos, lanzaba un grito de exaltación a la juventud, mostraba su admiración por la «profecía anunciada por José Antonio» y reafirmaba su confianza en «la figura de Franco —césar joven y fuerte de la Patria—»<sup>48</sup>. Durante los siete meses que permanecería a cargo de la Propaganda de la capital pondría sus mayores esfuerzos en las campañas de difusión del Fuero del Trabajo, mediante la organización de una serie de charlas por los pueblos de la provincia<sup>49</sup>. El envío de Narciso Perales, como Delegado Extraordinario de FET de las JONS, para reestructurar el Partido y poner orden en la organización granadina, desembocaba en el cese de Antonio Gallego en mayo de 1938. A pesar de ello, Perales, buen conocedor de los deseos de Gallego Burín, le tenía reservado un nuevo puesto desde el que colaborar con el «Nuevo Estado»: la Alcaldía de la ciudad<sup>50</sup>.

### 3. CONCLUSIONES

Cuando el 3 de junio de 1938 Gallego Burín tomaba posesión de la Alcaldía, fijaba los ejes en torno a los que giraría la política local de la capital granadina. Entre ellos se encontraban elementos que habían estado siempre presentes en su pensamiento, como la recuperación de la tradición o la necesidad de «dotar de estilo» a la ciudad. Pero a estos se sumaban otras ideas nuevas maceradas a lo largo de cinco años de República y tres de Guerra Civil: el desprecio por los programas políticos o el deseo de que su mandato se iniciase, según sus propias palabras, con la construcción de la Cruz de los Caídos al amparo «de la voz de nuestros muertos»<sup>51</sup>. Durante los trece años que permaneció al frente del municipio, encontró un espacio desde el que solucionar los problemas de la ciudad, resarcirse de derrotas pasadas y transformar la incompreensión sufrida en ferviente admiración y, especialmente, desde donde llevar

<sup>47</sup> *Patria*, 13-10-1937.

<sup>48</sup> *Patria*, 29-10-1937.

<sup>49</sup> Francisco Cobo Romero y Teresa Ortega López, *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*, Granada, 2005, págs. 176-177.

<sup>50</sup> Las disputas en Rafael Gil Bracero, *Guerra Civil en Granada, 1936-1939* [tesis doctoral], vol. 5, Granada, 1995, págs. 1490-1491; La labor de Narciso Perales a Granada puede verse en *Patria e Ideal*, 12-4-1938. La relación de Perales con Gallego en *Patria*, 14-1-1961.

<sup>51</sup> Archivo Histórico Municipal de Granada, Actas de Plenos del Ayuntamiento, 3 de Junio de 1938.

a cabo la ansiada regeneración de España y apuntalar la emergente «Cultura de la Victoria» franquista.<sup>52</sup>

Pero el Gallego Burín que asumía el bastón de mando de la ciudad en 1938 se había ido forjando a lo largo de los años anteriores. Sus experiencias, sus miedos y las representaciones que él mismo construyó de los convulsos acontecimientos que le rodearon durante el periodo de entreguerras y la II República resultan cruciales para entender la actitud y las decisiones tomadas por Antonio Gallego durante su mandato. Su admiración por Maura y la «revolución desde arriba» ayudan a comprender su deseo de erigirse en adalid de la renovación cultural y social de Granada controlando hasta el más mínimo detalle. Sus ideas regionalistas encajaron a la perfección con su pretensión de reformar urbanísticamente la ciudad, «dotarla de estilo» y recuperar las «esencias granadinas» a través de la tradición, la religión y el folklore. Su miedo al obrerismo y su percepción de las medidas tomadas por la II República explican por qué se convenció paulatinamente de la necesidad de acabar con la democracia. Finalmente, la experiencia durante la Guerra Civil y su sintonía con la mayor parte de los postulados defendidos por los sublevados aclaran su indudable alineamiento con éstos y su participación activa en la construcción del «Nuevo Estado». Como Delegado provincial de Prensa y Propaganda, como Gobernador Civil, como Alcalde y como Director general de Bellas Artes, Gallego Burín sirvió al régimen hasta el fin de sus días. Al fin y al cabo Franco le había dado lo que las urnas le habían negado: la oportunidad de estar al frente de Granada.

---

<sup>52</sup> Miguel Á. del Arco Blanco, «El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre», *Ayer*, 76 (2009), págs. 245-268; y Claudio Hernández Burgos, *Granada azul. La construcción de la «Cultura de la Victoria» en el primer franquismo*, Comares, Granada, 2011.